

LA ARQUEOLOGIA Y LAS OBRAS PUBLICAS

Por ANTONIO AGUIRRE ANDRÉS,
Ingeniero Jefe de Obras Públicas de Ciudad Real.

El autor describe, con evidente lirismo, un hecho prehistórico en relación con la vida y costumbres del hombre primitivo, y llega a la conclusión, como consecuencia de su experiencia, de que en todo caso debe darse cuenta de los hallazgos arqueológicos que sobrevengan a lo largo de la ejecución de las obras públicas, ya que ello puede aportar datos de gran interés para los arqueólogos.

El hombre, en todas las épocas y en todos los países, está y ha estado siempre preocupado por conocer la vida y las costumbres de sus antecesores en la Tierra.

Estos nobles deseos son más intensos, naturalmente, en las naciones más civilizadas, no sólo por el hecho de serlo, sino también porque en ellas existen mejores medios de investigación y, generalmente, más y mejores materiales sobre los que investigar.

En un principio se profundizó únicamente en el estudio de las mayores civilizaciones históricas, y para ello fué preciso seguir paso a paso a los geógrafos, historiadores y demás hombres de ciencia, y no poco también a los poetas y literatos. Puede decirse que entonces interesaba conocer la parte de la vida de la humanidad, en la que la civilización creció rápidamente.

Hoy interesan también, y tal vez más porque las investigaciones son más difíciles, la edad prehistórica y las primitivas y rudimentarias civilizaciones históricas.

Antes se ocuparon de la vida del hombre en los últimos miles de años de su existencia sobre la Tierra. Ahora nos interesa también la que corresponde a los varios centenares de miles de años que han transcurrido desde que fué creado.

Por desgracia, los materiales que es preciso estudiar para llegar a conocer la vida del hombre prehistórico y la del histórico primitivo, por lo general, yacen bajo tierra, y no siempre a pequeñas profundidades. Las excavaciones de investigación son costosas y de dudoso resultado, cuando no se conocen claros y seguros indicios de la existencia de tales materiales.

Generalmente, es la casualidad la que interviene para poner ante nuestros ojos, cuando menos se piensa en ello, lo que tanto deseábamos encontrar.

Y ésto, que ocurre con frecuencia, en general es casi seguro que ha de acaecer al ejecutar la mayor parte de nuestras obras. Para construirlas nos es preciso hacer grandes movimientos de tierras, y al hacerlos, casi siempre damos con cosas de gran interés arqueológico.

Pero, por desgracia, muchas veces los materiales descubiertos no pasan del encargado de la obra o del capataz correspondiente, que desconocen su verdade-

ro valor y los tiran o los destrozan. Cuando no ocurren cosas peores. Desde luego, si se trata de alhajas o monedas, desaparecen misteriosamente.

Hace poco tiempo, invitado por el Instituto de Estudios Manchegos de Ciudad Real, leí un pequeño trabajo sobre Prehistoria, en el que relataba, poetizándolo, un hecho que tuvo lugar durante mi primera actuación al servicio del Estado. Entre otras cosas decía lo siguiente:

“Mediaba el mes de octubre. Nos encontrábamos en las cercanías de un puerto español del Mediterráneo, a la caída de la tarde.

Habíamos terminado de tomar los datos de campo para un proyecto de carretera y regresábamos a la población.

El terreno, rocoso, sin vegetación y con fuertes pendientes, nos obligaba a tomar toda clase de precauciones en el descenso.

No obstante mi agilidad de entonces y de la ayuda que me prestaba un recio bastón, al dar un pequeño salto pisé en falso y caí.

Iba algo separado de mis compañeros y mi caída no fué advertida. Al levantarme observé que el accidente había ocurrido al pisar en un trozo de arena fina, de muy reducida extensión. Me pareció la boca de un pozo relleno con arena de la playa.

Al día siguiente volví solo, reconocí detenidamente el terreno, sacando parte de la arena, y pude comprobar que era cierta mi hipótesis del día anterior. Se trataba, efectivamente, de la boca de un pozo, o mejor dicho, de una galería con fuerte pendiente, taponada en parte con piedra suelta de antiguos desprendimientos y en parte con arena de la próxima playa.

No disponía de otros medios para abrirme paso, que mis manos, y juzgué prudente aplazar mis investigaciones. Regresé, pues, a la ciudad, y ordené el rápido traslado al monte de una caseta de madera que nos servía de oficina durante los estudios.

A los pocos días quedaba colocada junto a la boca de la galería, y yo instalado en ella, con toda clase de herramientas.

Durante otros muchos, me dediqué a extraer arena y piedras, que fuí vertiendo por la ladera, y al fin pude conseguir un estrecho paso, por el que me desli-

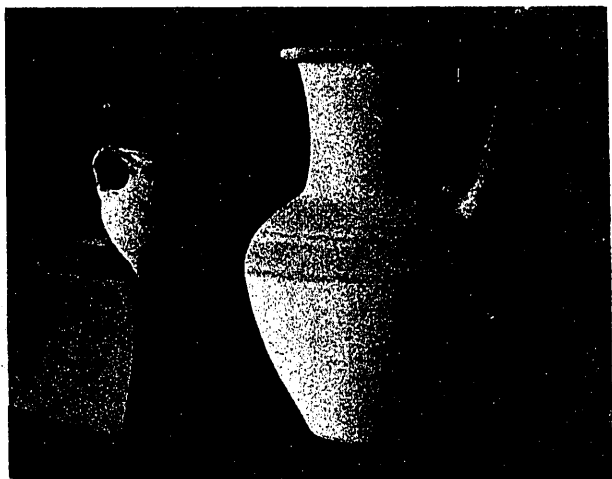


Figura 1.ª

cé. A los pocos metros la galería ensanchaba bastante, y un poco más allá se convertía en una cueva de amplias dimensiones, si bien la altura era muy reducida en los costados.

Reconocí el piso y las paredes, sin observar anomalías ni peligros. El piso, aunque algo desigual, era bastante liso y seco, cosa esta última que no suele ocurrir en la mayoría de las cuevas. Tampoco se observaban señales interiores de los desprendimientos que habían taponado la entrada, ni de que la cueva hubiese sido habitada en otros tiempos.

Algo decepcionado, aunque siempre con la idea de realizar excavaciones junto a la boca, inicié la salida, y antes de llegar a la galería de acceso, observé que la luz de mi linterna proyectaba objetos de forma extraña sobre la pared de la cueva. Bajé la linterna ligeramente y descubrí un montón de huesos que yacían sobre un pequeño liso de la roca.

Alumbré el suelo, para avanzar con toda clase de precauciones, y vi que en él había otra porción de huesos, y junto a ellos un arco, unas flechas y unas cuantas piedras en las que se advertían señales de labra o de tallado.

Mi emoción fué intensísima. Me sentía satisfecho y orgulloso. Mis continuados trabajos de muchos días habían sido ampliamente recompensados.

Llegué a la conclusión de que los huesos que se encontraban sobre el pequeño túmulo constituían el esqueleto completo de un hombre, y que mezclados con ellos se hallaban también los correspondientes al medio cuerpo superior de una mujer. Los cráneos, aunque en diferentes posturas, se encontraban juntos. El cúbito y el radio del brazo izquierdo femenino, cruzaba, por debajo, las vértebras cervicales del hombre. Los demás huesos estaban mezclados confusamente.

En cuanto a los utensilios que se encontraban junto a los huesos de las extremidades inferiores de la

mujer, en el suelo, pude comprobar que eran: un arco, siete flechas con punta de hueso y hasta una docena de pequeñas piedras talladas ligeramente.

Con rapidez pude reconstituir mentalmente los hechos. El esqueleto del hombre había pertenecido a un guerrero que debió ser gravemente herido, que se refugió en la cueva, y que en ella murió. La mujer, que indudablemente le había prestado todos los auxilios posibles, no había querido abandonarle y había muerto abrazada a él. Las armas e instrumentos que se encontraban en el suelo eran parte de los que utilizaban para la caza y para preparar sus alimentos.

Estaba ante un caso de verdadero amor y de sublime sacrificio. ¿Tal vez el primero?

Mis trabajos, de momento, habían terminado. Días después tuve necesidad de hacer un largo viaje, y a mi regreso me enteré de que, con motivo de unas voladuras próximas, el terreno se agrietó alarmantemente y fué preciso retirar mi caseta y volar la parte peligrosa. La cueva había desaparecido y con ella los restos de una de tantas tragedias vividas por la humanidad."

A continuación, en mi conferencia, indicaba los principales yacimientos prehistóricos conocidos, y por medio del aparato de proyecciones mostraba algunos de los mejores ejemplares de los instrumentos de piedra y de hueso que hasta el día han sido encontrados.

Pasaba después a estudiar brevemente la vida del hombre primitivo y terminaba con las siguientes palabras, con las que pretendía explicar los hallazgos indicados al principio:

"Vamos, por último, a sorprender al hombre prehistórico en uno de los momentos de su vida.

Ha pasado, con creces, la media noche. Estamos al pie de un macizo montañoso constituido por potentes formaciones calizas.

Si nuestros ojos pudiesen ver en la más completa oscuridad, nos daríamos cuenta de la existencia, en

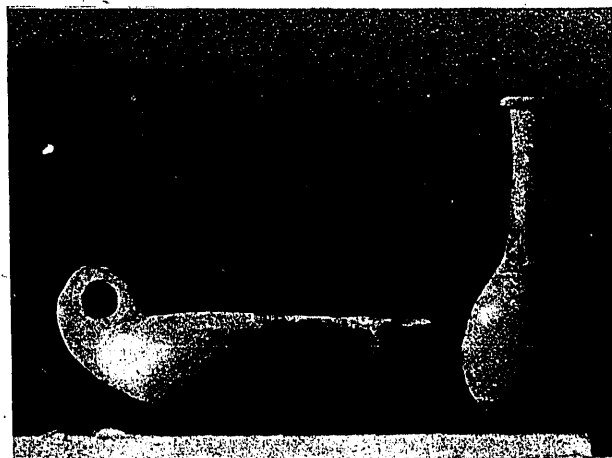


Figura 2.ª

la ladera, de unas cuantas cuevas situadas a diferentes alturas y de otra mayor y más baja, ante la cual, esto sí podemos verlo, se extiende una pequeña cortina de hogueras.

A las primeras no pueden llegar ni el pesado oso ni el ágil león. El hombre las alcanza soportando infinitas dificultades y peligros, pero una vez que se encuentra en ellas puede descansar confiado. Su vida no está en peligro por la acometida de las fieras.

Se establecen grupos que recogen sus armas y salen en distintas direcciones.

La mujer de estos tiempos nada representa espiritualmente para el hombre, ni éste para aquélla. La vida de relación entre ellos es análoga a la de los animales.

En otras cacerías, las mujeres, los ancianos y los niños, es decir, la parte inútil y gravosa de la horda, ha quedado en la cercanía de las cuevas. Hoy algunas

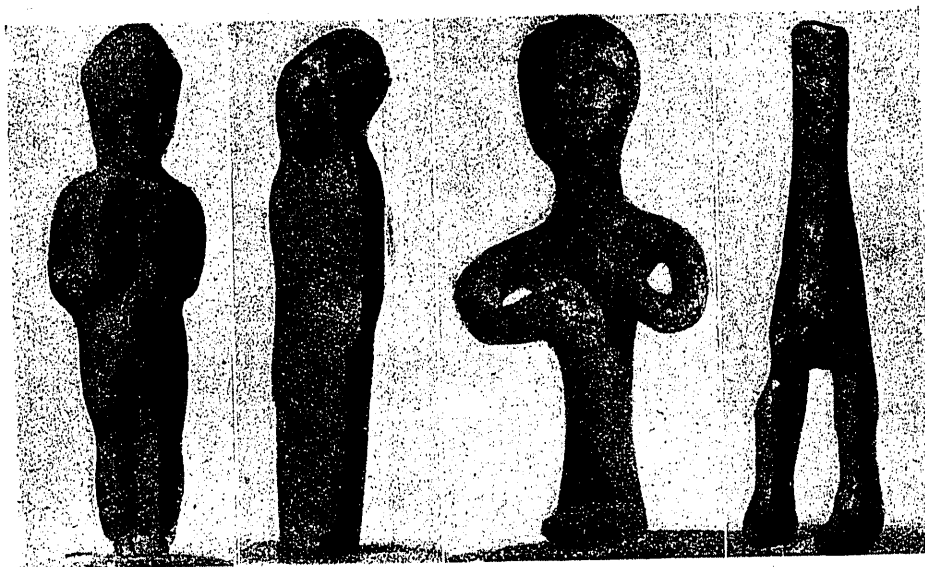


Figura 3.*

Éstas dedican su atención a la última, pero el fuego las contiene y se retiran a bastante distancia, no sin vigilar constantemente esperando el menor descuido de sus habitantes.

Pero si no podemos ver, sí podemos escuchar. En el grave silencio de la noche percibimos los pequeños ruidos que producen al caer algunas piedras y los de queja que emiten las plantas al ser holladas por el hombre.

Y en seguida empezamos a ver. De la cueva mayor salen algunos que se unen a los que descienden desde las más pequeñas. Se va a celebrar un pequeño consejo de la horda para planear una cacería.

Los últimos tiempos han sido malos. Las fieras y la sequía han ahuyentado a los pocos caballos, ciervos y jabalíes que poblaban los alrededores. El hambre domina apremiante y exige un último esfuerzo de los hombres. De resultar estéril, será preciso emigrar o resignarse a morir.

El tiempo también apremia. Pronto empezará a amanecer, y antes de que ésto ocurra hay que ocupar los sitios estratégicos que pueden ofrecer alguna garantía de éxito.

mujeres siguen a los hombres. Es preciso el esfuerzo de todos, y se las reconoce alguna utilidad.

Uno de los grupos, el menos numeroso, llega a un claro del bosque próximo. Es un sitio que siempre ha sido de paso para las manadas de caballos y para los ciervos. Por él se llega al río con facilidad, salvando cómodamente los intrincados matorrales.

En días anteriores prepararon una fosa o trampa, que ha quedado perfectamente disimulada con ramas, hojas y tierra. Si los animales esperados llegan a pasar, caerán al fondo y podrán ser rematados fácilmente desde arriba. Si, por suerte, cae algún animal grande que pueda atacar y defenderse, como el elefante, el rinoceronte o el hipopótamo, a los que no es fácil herir gravemente con las flechas ni con las azagayas, se le dejará morir de hambre.

Algunos hombres se esconden detrás de los arbustos. Otros, trepan a los árboles y, finalmente, otros salen a recorrer los contornos y a tratar de oficiar de ojeadores.

Otro de los grupos se dirige directamente al fondo del bosque. Al llegar a él se dispersan sus hombres y se disponen a actuar independientemente unos de otros.

Su acción será aislada, pero sus movimientos y ataques pueden dar lugar a que los animales que traten de huir de ellos vayan a caer en el foso que los otros han preparado.

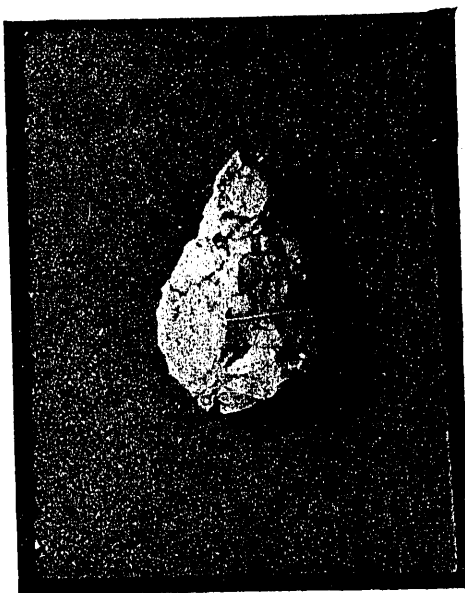


Figura 4.ª

Finalmente, el tercer grupo se dirige al río. Se conoce un fácil acceso por el cual llegan a él los animales sedientos.

Huesos con agudas puntas, maderas igualmente puntiagudas endurecidas al fuego, piedras de canto muy aguzado y cuantos materiales pueden herir las pezuñas de los animales, son distribuidos en todo el ancho del paso y hábilmente disimulados con hierbas y tierra.

Hombres y mujeres se esconden dispuestos a aguardar horas y horas el paso de la caza. Nadie se mueve. Se podría asegurar que nadie existe en los alrededores.

A la caída de la tarde una hermosa cierva llega cerca del paso. Mira recelosa a uno y otro lado. La ansiedad de los cazadores es enorme.

Por fin avanza lentamente, y cuando ha llegado al sitio preciso es acosada por los que más alejados esperaban. Los hombres disparan sus flechas y lanzan sus armas contra ella. Las mujeres gritan y emprenden loca carrera tras el hermoso animal.

La res, sorprendida y asustada, arranca despavorida hacia el único sitio libre, es decir, en dirección al río, y al llegar a la trampa preparada, se hiere y cae.

En el mismo instante, con la rapidez del león que se arroja sobre su presa, que al fin iguales son en ferocidad hombres y animales, un hombre salta sobre ella y la sujeta fuertemente.

Salen los demás de sus escondites para asegurar la presa, en el momento que ésta da un salto prodigioso y desaparece entre la maleza. El hombre, herido con sus propias armas, se desangra en el suelo. La inmensa alegría de los demás se cambia de repente en tristeza y abatimiento, y no por el compañero, sino por la pérdida del botín.

Ya nada queda que hacer, y abandonando al herido, emprenden el regreso.

Al poco tiempo una de las mujeres vuelve a su lado. Con hierbas y trozos de piel trata de contener la sangre, y al fin lo consigue. Refresca sus sienes, lava su cuerpo y procura reanimarle, pero la pérdida de sangre ha sido de importancia y el herido apenas puede tenerse en pie.

Tras penosos esfuerzos consiguen refugiarse en una cueva próxima.

Mientras, el resto del grupo ha llegado a las suyas y espera con ansiedad el regreso de los demás. Ya entrada la noche, llegan los primeros. Pero la decepción es completa, pues en todo el día ha caído en el foso animal alguno.

Poco después llegan también los cazadores que se dispersaron. Es decir, todos menos uno, que fué despedazado por los leones.

El fracaso ha sido total y definitivo. Los cazadores han resultado cazados.

La ruina de la horda es inminente, y para conjurarla no queda otra solución que la huida. El fuego sagrado y el de todos los hogares es apagado y se procede a encender otro nuevo, a recoger las armas y, seguidamente, a abandonar las cuevas.

Nadie ha notado la ausencia de los fugitivos, porque a nadie preocupa la suerte de los demás. La dura lucha por la vida no ha permitido hasta entonces sentimientos caritativos.

Más no obstante, felizmente para la humanidad, ya empiezan a existir. En otra cueva, una mujer ab-

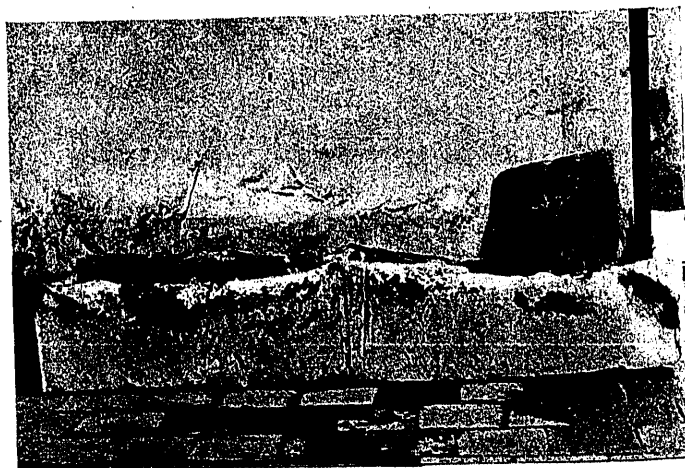


Figura 5.ª

negada procura, por todos los medios a su alcance, salvar la vida de un hombre. Junto a ellos, una cierva herida, con ojos maravillosamente tristes, espera también su curación de los cuidados de la mujer.

Pero ni una, ni otro, llegan a ver la luz del siguiente día. Un desprendimiento a la entrada de la cueva, sepulta al cariñoso animal mientras acaba su vida el cazador herido.

La mujer, fuertemente abrazada a él, nada hace por salvarse, y su esqueleto, al cabo de los siglos, es

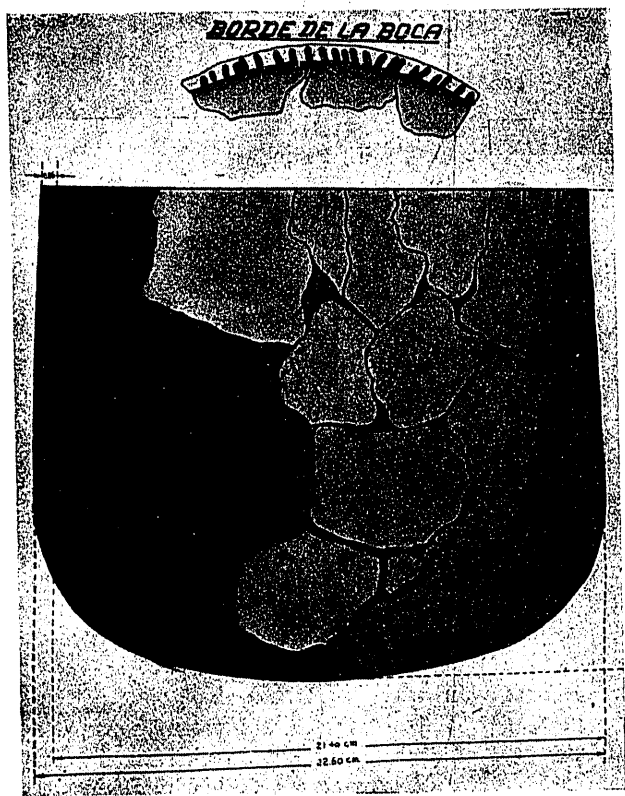


Figura 6.ª

encontrado unido al del hombre por el que sacrificó su vida."

Claro está que, como he indicado anteriormente, mi relato está bastante idealizado. La realidad fué muy distinta, ya que las voladuras fueron ordenadas, con gran contrariedad por mi parte, para que el metro cúbico de excavación no resultase unos céntimos más caro.

Los materiales obtenidos se transportaron al puerto, y con ellos fueron huesos humanos, trozos de cerámica y de otros utensilios, tan deteriorados y dispersos, que fué imposible recogerlos y reconstruirlos. De este modo se perdió la ocasión de estudiar un yacimiento que seguramente era interesante.

Otros hallazgos.

Yacimientos de gran interés arqueológico han sido encontrados, como el que acabamos de indicar, durante la ejecución de obras que implicaban grandes mo-

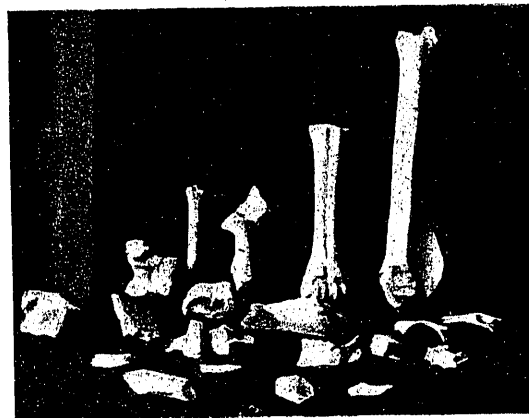


Figura 7.ª

vimientos de tierras. Pero también han sido localizados en obras de importancia media y aun en las más modestas de conservación. Veamos algunos ejemplos:

En los años 1920 y 1921, al realizar unas excavaciones en el cerro de San Lorenzo, para rellenar los muelles en construcción del puerto de Melilla, se encontró una necrópolis púnica, de la que proceden las dos vasijas de la figura 1.ª.

En este sitio se hallaron también joyas, armas y diversos utensilios de cerámica, que figuran en el Museo Municipal de Melilla.

Durante mi actuación en el Circuito Nacional de

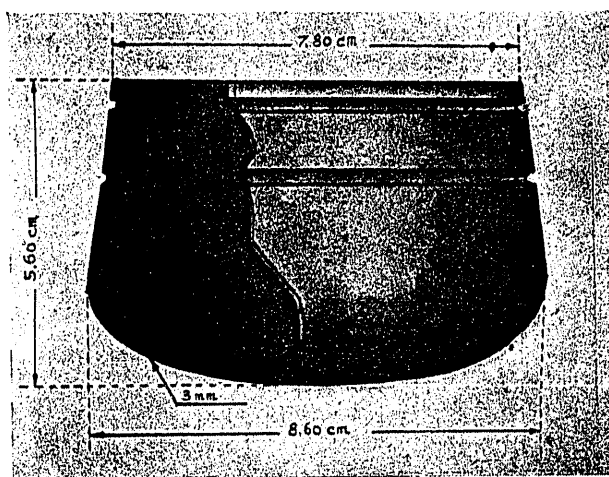


Figura 8.ª

Firmes Especiales, tuve a mi cargo, entre otras, la carretera de Madrid a Sevilla por Mérida, y en las proximidades de Santiponce, muy cerca de las ruinas de Itálica, fueron encontradas por el personal del servicio la anforita y el candil representados en la figura 2.^a.

Además, en las proximidades de la carretera de Madrid a Cádiz, dentro de la provincia de Ciudad Real, y muy cerca del límite con Jaén, el peón caminero encontró las figurillas de bronce que figuran en la figura 3.^a. Sin duda proceden, o de los santuarios ibéricos de los Altos del Sotillo, en Castellar de Santisteban, o del Collado de los Jardines, en término municipal de Santa Elena, o bien de algún otro no identificado todavía, en la provincia de Ciudad Real.

En los años que llevo al frente de la Jefatura de Obras Públicas de Ciudad Real, he tenido la suerte de encontrar varios materiales y yacimientos que creo de alguna importancia.

Así, en las proximidades de Puertollano, junto al kilómetro 162 de la carretera nacional de Córdoba a Tarragona por Cuenca, y durante la visita que hicieron a esta provincia los alumnos del curso 2.^o de nuestra Escuela, en el año 1944, encontré el hacha paleolítica que muestra la figura 4.^a.

En el kilómetro 179 de la misma carretera, pasado el pueblo de Caracuel, y en lugar muy próximo a la carretera, fué encontrado el sarcófago de plomo de la figura 5.^a.

Es análogo a otro, romano, que apareció hace algunos años en Tarragona.

En sitio muy próximo varios niños encontraron una olla que contenía muchas monedas de plata, romanas.

Algo más adelante, en el kilómetro 180, fué pre-



Figura 9.^a

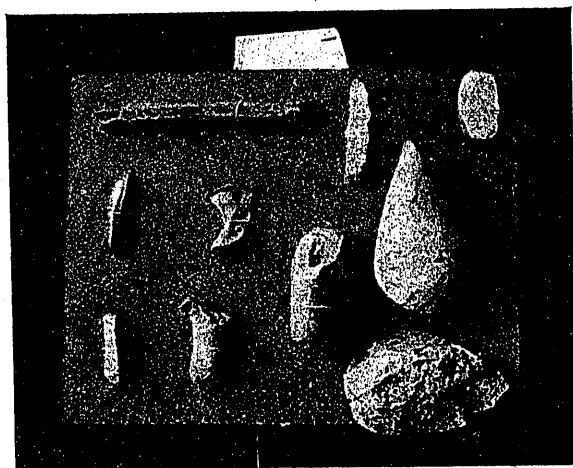


Figura 10.

ciso ampliar una trinchera y se descubrió cerámica, también romana, bastante deteriorada.

En la margen izquierda de la misma carretera, muy cerca del río Jabalón, al hacer las excavaciones necesarias para construir una variante en una curva peligrosa, quedó al descubierto una cueva, que tuvo su entrada por un pozo que hasta entonces no había sido advertido.

Tuve noticia, mucho tiempo después, de que al hacer el movimiento de tierras habían aparecido restos de cerámica antigua, y ordené hacer unas pequeñas excavaciones que dieron por resultado el hallazgo de huesos humanos y de cerámica neolítica con incisiones, perteneciente, al parecer, a la cultura almeriense.

Desgraciadamente, los trozos hallados, pertenecientes a tres vasijas distintas, aunque numerosos, no han permitido la reconstrucción de ninguna de ellas.

En la figura 6.^a se ve, reconstruida hipotéticamente, una de dichas vasijas.

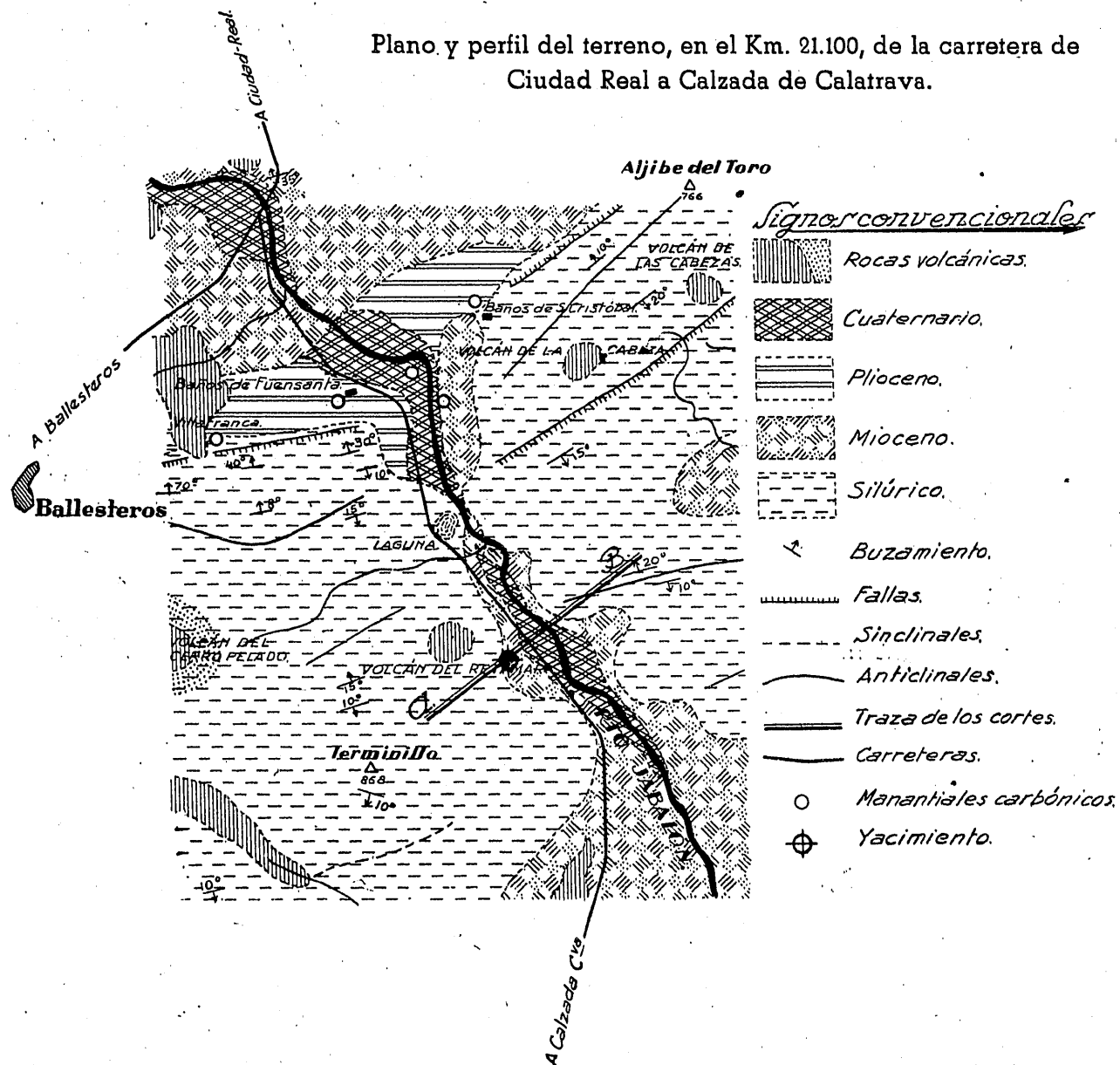
En la margen derecha de la carretera de Ciudad Real a Calzada de Calatrava, en el kilómetro 20,100, y junto a la cuneta, ha sido localizado un yacimiento prehistórico que considero de importancia.

Tuve noticia de que el peón caminero del trozo, al recebar la carretera con tierras de las márgenes, había encontrado un hacha de piedra (él la llamaba piedra de rayo) y algunos huesos. Se hicieron pequeñas excavaciones y se encontraron huesos fósiles pertenecientes a toros, caballos, ciervos, jabalíes, hienas, etcétera.

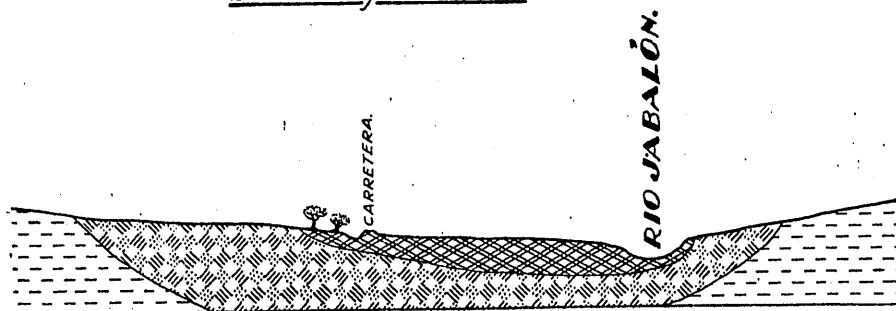
Junto a ellos hallamos pequeñas piedras talladas (figura 7.^a) y dos hachas paleolíticas.

Reconocido el terreno en los alrededores, se encontró también una columna, con su base, ambas muy toscas, y bastante cerámica romana. También apare-

Plano y perfil del terreno, en el Km. 21.100, de la carretera de
Ciudad Real a Calzada de Calatrava.



Sección por A. B.



cieron punzones de hueso, fibulas y pequeños objetos o fragmentos de ellos.

Uno de los fragmentos de cerámica nos ha permitido reconstruir una pequeña vasija (fig. 8.^a).

Estos yacimientos están muy cerca, a menos de un centenar de metros, del río Jabalón. Los dibujos de

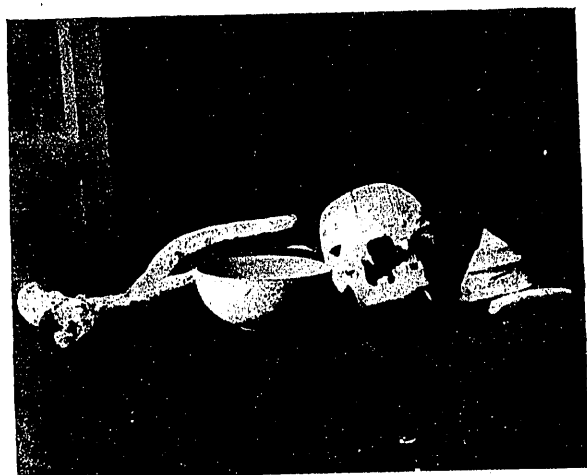


Figura 11.

la página anterior son del plano y del perfil del terreno correspondiente.

Casi al final de esta carretera, junto al pueblo de Aldea del Rey, se han encontrado las hachas neolíticas que muestran las figuras 9.^a y 10.

En la última se ven, asimismo, algunos pequeños utensilios de piedra, huesos fósiles, todavía no estudiados, y un colmillo. Proceden de la cueva denominada del "Aguacil", en término municipal de Aldea del Rey.

Finalmente, en la margen izquierda de la carretera de Argamasilla de Alba a Ossa de Montiel, muy cerca del río Guadiana Alto, al hacer la explanación, se encontraron varios sepulcros, con alguna cerámica. Ligeras investigaciones realizadas recientemente, que el Instituto de Estudios Manchegos se propone ampliar, han permitido localizar una necrópolis romana de la que proceden los huesos y la cerámica de la figura 11.

Conclusiones.

1.^a Es preciso aprovechar los hallazgos casuales que se logran durante la ejecución de las obras públicas a nuestro cargo, para lo cual se obligará al personal que las realiza a que, cuando se encuentren huesos o trozos de cerámica antigua, suspenda las obras en la parte afectada por el yacimiento y dé cuenta inmediata al Ingeniero encargado.

Éste, teniendo en cuenta lo que determina el artículo 30 del Pliego de Condiciones generales para la contratación de las obras públicas de 13 de marzo de 1903, obligará al Contratista o Destajista a emplear todas las precauciones necesarias para extraer dichos materiales y pondrá el hecho en conocimiento de la superioridad para que ésta determine lo que proceda.

Si los hallazgos no se realizan en terrenos propiedad del Estado o que han de expropiarse para la ejecución de la obra, lo comunicará a su jefe inmediato, para que éste, además de comunicarlo a sus superiores, lo haga también a la Comisión local o central de Excavaciones.

2.^a Se darán instrucciones claras y terminantes al personal que realice las obras por administración directa, como vigilantes de obras, capataces, peones y demás personal encargado de la conservación ordinaria de las mismas, para que dé cuenta inmediata de los hallazgos que puedan tener lugar durante los trabajos y de todos aquellos de que tenga noticia, aunque sean ajenos a ellos.

La Comisaría General de Excavaciones, organismo oficial dependiente del Ministerio de Educación Nacional, emplea para tales casos unas fichas en las que se estampan los datos más interesantes, que son los que corresponden a los siguientes epígrafes: Provincia. Partido. Ayuntamiento. Localidad. Naturaleza del sitio. Propietarios del terreno. Hoja del Instituto Geográfico en que está el lugar y su nombre. Epoca. Cultura. Situación y descripción del lugar. Denunciante y fecha de la denuncia. Descubridor y fecha del descubrimiento. Circunstancias del hallazgo. Hallazgos principales. Situación de los hallazgos. Referencias gráficas. Bibliografía principal.

Con todo ello, además de cumplir una obligación, conseguiremos ampliar y mejorar nuestra riqueza arqueológica nacional.